



## NOTICIAS

---

### **Memoria del Secretario de la Academia, D. Rafael Vázquez, leída en la inauguración del curso académico de 1926-27.—**

La Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, creada en 1810, y que cuenta, por lo tanto, en la actualidad, con ciento diez y seis años de existencia no interrumpida, durante todas las cuales ha desarrollado y mantenido constantemente, no sólo en la capital, sino en toda la provincia, la ilustración y la cultura, por cuantos medios ha tenido a su alcance; y que desde entonces viene siendo, al propio tiempo, el lugar y el albergue, donde han venido a concurrir, conviviendo en su seno, desligados de todo espíritu y de toda pasión bastarda, cuantos se han ocupado de alguna de las ramas del humano saber; abre hoy, pública y solemnemente, el curso de 1926 a 1927: y por imposición reglamentaria, yo el último de todos en todos los órdenes, y el menos apto a todas luces, me veo obligado a ocupar vuestra atención, siquiera sea por pocos minutos, para hacer una breve y concisa reseña de los trabajos de la Corporación durante el último curso, y de la labor, que hasta hace poco, de una manera silenciosa pero concienzuda ha venido realizando.

Convencida, la Academia, de que la ciencia disminuye y achica su valor cuando no se difunde, y de que quien la posee, poca o mucha, no tiene el derecho egoísta de reservarla para sí, sino que por el contrario, tiene el deber moral de difundirla y de comunicarla a los demás; desde hace ya cuatro años, a más de hacer públicas sus sesiones semanales, emprendió, gracias a una subvención del Estado, y a otra más modesta del Municipio de esta capital, (siempre atentos y propicios a favorecer cuanto contribuye al engrandecimiento de la Patria, y a fomentar el nivel cultural de los ciudadanos) no sólo la publicación de un BOLETÍN trimestral, en el que tienen cabida importantes y notables trabajos originales, y que ha logrado un merecido puesto de honor entre las mejores de su clase; y la edición de varias obras inéditas de indiscutible mérito y valor, que permanecían ignoradas, sino la organización de cursos de conferencias públicas, ya en sus

sesiones ordinarias, a cargo de los señores académicos, ya extraordinarias, por los hombres, tanto nacionales como extranjeros, que han alcanzado los primeros puestos y mayor renombre en el mundo del saber.

Por su cátedra han desfilado hombres del mérito y la valía, de Pierre París, Schulten, Lammerer y Merimée, entre los primeros; y Gómez Moreno, Montejo, Boch Gimpera, Elías Tormo, R. P. Raimundo Suárez, Novo Chicarro, Dupuy de Lome, Aspiazu, Latorre del Cerro, Cecilio Rodríguez, Vizconde de Eza y otros muchos que no cito por no alargar demasiado esta relación, y por no herir la modestia de alguno que pudiera oirme, entre los segundos.

Estos cursos extraordinarios de conferencias, iniciados en el local propio de la Academia, que pronto resultó insuficiente para contener al numeroso y selecto público que a ellos asiste, hubo necesidad de proseguirlos en más amplio local, en el hermoso salón de Dibujo del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de esta capital, que previa consulta y autorización de la Superioridad, ha venido poniendo a disposición de la Academia, para tan hermosa obra cultural, de una manera generosa, el digno y prestigioso Director de dicho Centro de Enseñanza.

Concretándonos al último curso transcurrido en la vida de la Academia, al curso de 1925 a 1926, celebró esta Corporación, veinte y cuatro sesiones ordinarias, y dos extraordinarias, todas públicas; destinadas estas últimas, una a la recepción como académico de número, del señor don Rafael Gálvez Villatoro, que leyó como discurso de entrada, un notable y concienzudo trabajo, de gran profundidad y erudición, y sin igual galanura de estilo, sobre «Los clásicos entre los mozárabes cordobeses», al que contestó, en otro no menos notable y erudito, como él sabe hacerlo, en nombre de la Corporación, el académico numerario don Rafael Castejón y Martínez de Arizala; y la otra, a la que asistieron las autoridades, Corporaciones, a ensalzar y solemnizar la memorable hazaña realizada por el *Plus Ultra* en su atrevido y heroico vuelo de España a la Argentina, sesión en la que tomaron parte no sólo el Director sino también varios señores académicos; y las primeras, (aparte del despacho de los asuntos propios de la Corporación, de comunicaciones y noticias sobre asuntos de literatura, de artes o de ciencias, o de trabajos de investigación personal de los señores académicos, y evacuación de consultas o informes de otras entidades análogas a la nuestra), al desarrollo de series de conferencias, sobre diversos asuntos culturales, por los miembros de la Corporación, en las que se trataron los siguientes temas, por los señores don Manuel Enríquez Barrios y don José Amo Serrano, Director y Censor respectivamente de la Corporación, y los académicos señores Carbonell, Castejón, Ruiz Maya, Casa Chaves, Gil Muñiz y Azorín Izquierdo; «Resultados de

una encuesta sobre derecho Político», «Responsabilidad de los Jefes», «Fisionomía, continuación del curso anterior», «Recuerdos de un autor olvidado», «El Congreso geológico internacional de 1926», «El libro de Rivera sobre la música medioeval», «Tradiciones cordobesas de la época árabe», «El sistema nervioso», «El carácter», «Nuevos métodos especiales de análisis químico» y «América española, comentarios a un libro de Vazconcelos recién publicado»; formando en conjunto un total de diez y nueve conferencias en las sesiones ordinarias, a las que corrientemente asistió numeroso público.

Además se celebraron dos sesiones extraordinarias especiales, destinadas a recibir la visita de los sabios extranjeros que concurrieron al Congreso geológico internacional celebrado en Madrid, durante el mes de Mayo del año anterior, y que vinieron a Córdoba con motivo de su visita a Andalucía, para estudiar sobre el terreno los principales accidentes geológicos de nuestra comarca, y especialmente el valle del Guadalquivir. En las dos visitas que hicieron a nuestra Corporación, fueron recibidos en el local de la Academia por el señor Director y por la mayor parte de los señores académicos, algunos de los cuales los acompañaron, después, en los días siguientes, en sus excursiones por el término de Córdoba, facilitándoles cuantos datos y antecedentes, sobre estructura geológica de terrenos, yacimientos de fósiles, etc., etc., les fueron precisos para completar el estudio, objeto principal de su viaje.

Las comunicaciones hechas por los señores académicos, todas ellas de gran interés, fueron referentes, ya a sus trabajos de investigación personal, ya sobre descubrimientos arqueológicos o prehistóricos de la provincia, o ya a documentos de interés encontrados en los archivos de la población.

En el curso extraordinario de conferencias públicas desarrollado, como antes se dice, en el local del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza, por diferentes personalidades, invitadas para ello por la Academia, disertaron, el último curso, los señores Mr. Merimé, don Antonio Carbonell Trillo Figueroa, Excmo. Sr. Vizconde de Eza, don José de la Torre y del Cerro, don Cecilio Rodríguez y don Rafael Castejón; que trataron, respectivamente, de «Como viajaban nuestros abuelos», «El Congreso Geológico Internacional de 1926», «Aere Perennius; más duradero que el acero», «Pintores cordobeses de los siglos XV y XVI», «Los ascendientes de Luis de Góngora y Argote», «Monasterios mozárabes», «La familia de los Abenzoar» y «Los personajes del Quijote»; formando un total de ocho conferencias, a todas las que asistió numeroso público, en términos de resultar, a veces, insuficiente, el amplio local en el que se desarrollaron.

Atenta la Academia a mantener, fuera de ella, constante comunicación, no sólo en la provincia, sino fuera de la misma, para poder estar, en todo

momento, al corriente del movimiento intelectual; y cumpliendo, al propio tiempo, con el artículo tercero de su reglamento; aumentó durante el curso anterior el número de sus correspondientes de fuera de Córdoba, eligiendo a los señores don Melchor M.<sup>a</sup> Antuña, en El Escorial; don José M.<sup>a</sup> Torroja Mirez, en Madrid; don Francisco Cuenca, en la Habana; Mr. Enrique Merimé, en París; y don Javier Sánchez Dalp, en Sevilla.

Así mismo, para ocupar las vacantes producidas por diferentes causas en el número de Correspondientes en Córdoba, reglamentariamente limitados a 28, designó, previas la oportuna propuesta y votación que establece el reglamento, a los señores don Armando Dufour e Ixart, don Alfredo Gil Muñiz, don Luís Ornilla Larranzabal, y don Mariano Grandía y Soler; y para ocupar las vacantes existentes en la categoría de numerarios, fueron designados, en igual forma, los señores don Victoriano Chicote y Recio, don Dionisio Ortiz Rivas, don Guillermo Belmonte Müller, y don Francisco Azorín e Izquierdo.

Finalmente, al tratar de las variaciones del personal de la Corporación, terminando con ello esta memoria, tengo que hacerlo con una nota bien triste; rindiendo un sentido recuerdo a dos de nuestros compañeros de academia, que para siempre han desaparecido de entre nosotros; al señor don Armando Dufour Ixart, muerto a consecuencia de una traidora enfermedad, a los pocos meses de haber ingresado, con justos títulos, en el seno de nuestra Corporación, y de que Córdoba entera le rindiera un merecido homenaje por su tenaz y meritoria labor en pro de la enseñanza de la juventud, y con motivo de haberle otorgado su patria, como merecida recompensa, el más preciado galardón con que la gran nación francesa premia los servicios de sus hijos; y al señor don Diego Jordano e Icardo, culto y prestigioso catedrático del Instituto de Segunda Enseñanza de esta capital, que con su saber y con su constante y meritoria labor en la cátedra, supo conquistarse el respeto y el cariño de todos; y al que hace pocos días, hemos tenido el sentimiento de perder, arrebatado a la vida por una cruel enfermedad, que solapadamente venía minando su existencia, y que de una manera brusca tuvo, casi en pocas horas, un desenlace fatal.

Descansen en paz las almas de los que en vida fueron nuestros amigos y nuestros compañeros.

—Víctima de la enfermedad que desde hacía tiempo le aquejaba, dejó de existir en esta capital don Diego Jordano Icardo, el 16 de Octubre de 1926.

El finado, perteneciente a una antigua y conocida familia cordobesa, era hombre de claro talento, de vasta cultura, trabajador incansable, que por su caballerosidad, las bondades que atesoraba su corazón y las excelentes

dotes de carácter que poseía, disfrutó de la consideración y el cariño de cuantas personas le trataron.

Era catedrático de Historia Natural del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Córdoba y vicedirector de dicho centro docente.

Pertenecía a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes y a otras corporaciones científicas y literarias.

Ejerció el cargo de concejal del Ayuntamiento de esta capital y en él demostró el interés que le inspiraban toda iniciativa, toda obra, todo proyecto que redundase en beneficio de Córdoba.

La noticia de su muerte circuló con gran rapidez, produciendo en todas las esferas sociales dolorosa impresión.

Por la casa mortuoria no cesan de desfilan amigos, compañeros y discípulos del señor Jordano, para testimoniar el profundo pesar que les ha causado su muerte.

(*Diario de Córdoba* 17 Octubre 1926).

—Ayer celebró, en el salón de actos del Ayuntamiento, la apertura de curso de 1926-27 la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. El acto, comenzado a las siete de la noche, revistió la solemnidad y la brillantez dignas de la docta Corporación que inauguraba para el año en curso sus tareas culturales.

Presidió la sesión el gobernador civil don Luís María Cabello Lapiedra y con la primera autoridad de la provincia ocuparon el estrado presidencial el presidente de la Audiencia don Fernando Badía Gandarias, el delegado de Hacienda don Manuel Danvila, el fiscal de la Audiencia don Fernando Vara, el alcalde interino don Luís Junguito, el director de la Escuela Normal de Maestros don Manuel Blanco Cantarero, el académico don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, el provisor de la Diócesis don Rafael García Gómez y el secretario de la Academia don Rafael Vázquez Aroca.

En los escaños se hallaban los académicos don Ezequiel Ruíz Martínez, don Ricardo Pérez Jiménez, don José Amo, don Victoriano Chicote y don Rafael Gálvez, el catedrático de Latín del Instituto don Mariano Grandía, el director de la Escuela de Artes y Oficios don Rafael García Guijo, el catedrático de Literatura en el Instituto, el profesor del Conservatorio don José de Pablos, la directora de la Escuela Normal de Maestras doña Irmína Alvarez y profesoras de este centro, el exalcalde don Rafael Jiménez Amigo, el presidente de la Cámara de la Propiedad Urbana don Manuel Varo Repiso, el rector y profesores del Seminario Corciliar de San Pelagio, don Antonio Jiménez Lora, don Hermenegildo Pintado, el ingeniero de Minas don Benito Sánchez y otros distinguidos señores cuyos nombres lamentamos no recordar.

El señor Cabello Lapiedra abre la sesión. Esta comienza con la lectura, por el señor Vázquez Aroca, de la memoria del curso pasado en la que brillantemente se enumeran los trabajos realizados por la Real Academia durante aquel período. La memoria tiene un triste remate, concebido con elocuente dolor por el señor Vázquez Aroca. Es el recuerdo de homenaje a los académicos desaparecidos, don Armando Dufour y don Diego Jordano, quienes acabados en la plenitud de sus bríos físicos e intelectuales han dejado un sensible vacío en la docta casa.

El señor Vázquez Aroca es justamente aplaudido al final de su meritorio trabajo.

El presidente concede la palabra al académico, doctor en Medicina, don José Amo, quien deleita al auditorio con la lectura de un concienzudo estudio acerca del mundo vegetal.

Tras un preámbulo donoso, en el que la elegancia del viejo sabio trata en vano de borrar su personalidad—árbol viejo que da viejos frutos, se llama a sí mismo—el doctor Amo entra de lleno en el vasto tema a desarrollar.

Bien plantado en el terreno científico, el doctor Amo alivia la aridez de los caminos con matices empapados de esencias literarias.

Nos pinta el árbol en todas sus variaciones y climas; nos detalla su utilidad, su belleza y su carácter.

Estudia a continuación con cierto juicio y concepto afortunado la vida y fisonomía de las plantas y llega al desbordamiento de la inspiración original trabajo del doctor Amo cuando trata de las flores.

Apremios de tiempo y falta de espacio nos vedan glosar ampliamente el bello discurso del censor de la Real Academia, quien, muy merecidamente, fué aplaudido y felicitado.

A continuación le es concedida la palabra al joven académico y brillante publicista don Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

Con palabra reposada y elocuente explica el señor Castejón que se quiso imprimir a la apertura de este curso una solemnidad que en años anteriores se había interrumpido. Agradece a las autoridades su asistencia y al Ayuntamiento su hospitalidad, pues ellos han hecho posible aquel deseo.

Tributa el orador elogios al señor Vázquez Aroca—hombre sabio y bueno—y al doctor Amo—que encarna la tradición académica de Córdoba—a aquel por sus afanes y desvelos culturales, a los que viene consagrado, y a éste por su bello discurso, que nos recuerda—dice—la cultura de nuestros abuelos, que, sin especializarse en ninguna disciplina, gustaban saborear todos los matices del sentimiento y de la inteligencia.

Se refiere el orador al origen del academicismo español, importación de Francia por los llamados afrancesados, no en el insidioso sentido polí-

tico que el vulgo entrevé en la palabra, afrancesados — dice — porque se asomaban a la frontera e infiltraban en el espíritu español aquellas inquietudes ideales que acercan al perfeccionamiento.

El señor Castejón advierte que broche digno de cerrar este acto habría sido la palabra del director de la Academia don Manuel Enríquez Barrios, ese hombre de tan esclarecidas virtudes que puso siempre en estos menesteres de cultura y de cordobesismo, fervores y glorias. Pero la palabra del señor Enríquez Barrios — continúa el señor Castejón — no vibrará hoy en este acto. Todos sabéis la tremenda desgracia que sufre. Todos sabemos el poso amargo, el sedimento doloroso que deja en el alma de un padre la desaparición definitiva de lo que es tanto como un pedazo del corazón. Yo, por la Academia y por mí mismo, quiero enviar al Director ausente un pésame sincero, cariñoso.

Explicó después el señor Castejón, con palabras de modestia ejemplar, que por eso ha tenido que ser él quien termine el acto de apertura. Con ese pretexto se refiere a la historia, significación e importancia de la Academia, la cual, si «no son todos los que están, ni están todos los que son», es entidad sagrada, «arca de sándalo en que se guardan los tesoros de la ciudad».

Termina el señor Castejón su brillantísimo discurso, del que damos un extracto somerísimo, saludando a las autoridades y al Ayuntamiento, a cuya casa viene la Academia porque hay que salir — dice — de entre los muros de la propia casa para manifestarse y que nos vean encendiendo luminarias en el altar de la cultura.

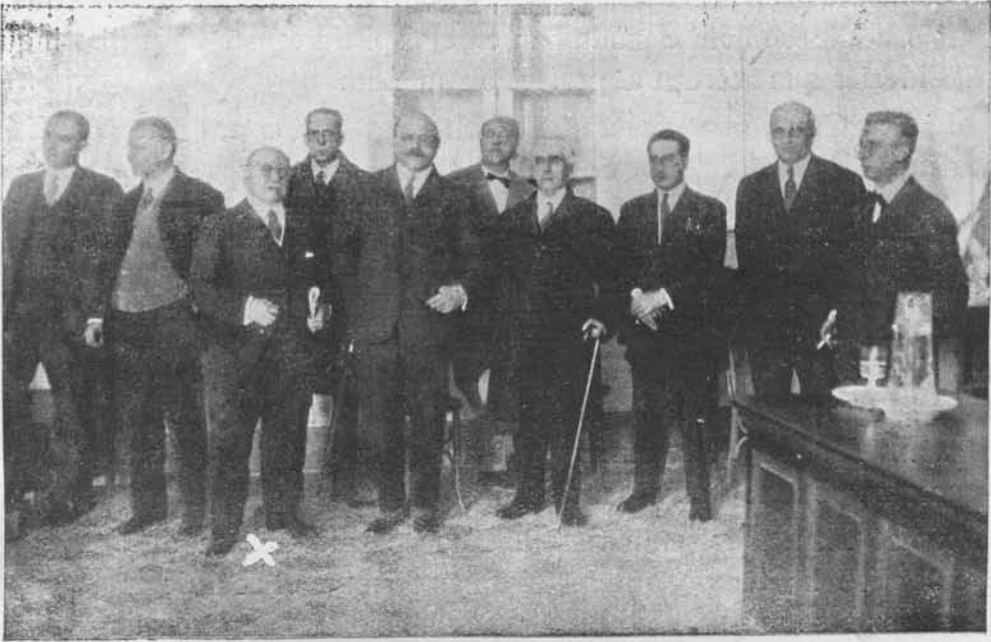
El señor Castejón fué aplaudidísimo.

El señor Cabello Lapiedra, en nombre del Rey, declaró abierto el curso de la Real Academia para el año 1926-27 y se dió por terminado el acto. (*Diario de Córdoba* 24 Octubre 1926).

— El miércoles 27 de Octubre, a las siete de la tarde, en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de esta capital, desarrolló la primera conferencia del curso extraordinario de 1926 a 1927, el señor don Jesús Sarabia y Pardo, Director del Hospital del Niño Jesús, de Madrid, sobre tema «El nacido débil».

Como dicha conferencia se publica en este número del BOLETÍN, remitimos al lector al texto de la misma.

— En Octubre de 1926, don Francisco Clavijo Guerrero, doctor en Medicina y publicista, fué propuesto para académico correspondiente con residencia en Santisteban del Puerto (Jaén).



Don Jesús Sarabia y Pardo, acompañado de algunos miembros de la Academia, después de su conferencia, en el Instituto de Segunda Enseñanza.

—En igual fecha, don Mariano Utrera y Cabezas, autor de «Historia de Canarias» (primer tomo), es nombrado académico correspondiente, con residencia en Canarias.

—El sábado 11 de Diciembre, a las seis de la tarde, en el Salón de Dibujo del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de esta capital, desarrolló la segunda conferencia del curso extraordinario del año actual el señor don Antonio Bermúdez Cañete, sobre el tema «El problema de la industrialización en España».

El conferenciante abordó el tema propuesto con gran copia de actos y notables deducciones, recibiendo por su conferencia calurosos aplausos y felicitaciones de la distinguida concurrencia.

—En la sesión del día 15 de Diciembre de 1926 fueron propuestos académicos correspondientes: con residencia en Málaga, don Vicente Pertusa; en Madrid, don José Rogerio; en Roma, don José Lombardo Radice; en Florencia, don Ernesto Codignola.

—En la sesión del día 22 de igual mes fueron propuestos don Eloy Vaquero y don Samuel de los Santos, ambos con residencia en Córdoba, para correspondientes de nuestra Academia.

—También fué propuesto para correspondiente don José de Ruyula y Vaca.





**CÓRDOBA.**—EN LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES.—Don Antonio Bermúdez Cañete al terminar la notable conferencia a su regreso de Alemania sobre el tema «El problema de la industrialización en España», acompañado del Director y varios académicos que presidieron el acto.

(Foto Santos)

**—Real Academia de Ciencias.—La conferencia de don Andrés Ovejero.**—Como hemos dicho en anteriores ediciones, el día 20 de los corrientes llegó a Córdoba, presidiendo una expedición de alumnos de la Universidad Central de Madrid, el insigne catedrático de la misma don Andrés Ovejero. Este hombre de letras y de acción, que a la ciencia, a la literatura, a la crítica de arte y a la política ha dedicado todas las energías de su vida, no por lo dilatada menos fuerte y fecunda en estos años de su declinar, deparó ayer a la intelectualidad cordobesa unos instantes de gozo espiritual que difícilmente se borrará de la memoria.

Para complacer a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, que le había invitado a pronunciar la tercera conferencia del curso de este año, se separó de sus alumnos, quienes cumpliendo el mandato del itinerario impuesto, debían hallarse ayer en Sevilla y se quedó él en Córdoba para hablarnos de la personalidad de Palomino, el excelso pintor y tratadista hijo de Bujalance.

A los discípulos del señor Ovejero, señoritas Pilar Parra, Maruja Aguayo, Fe Sanz, Julia Corral, Gloria Rojas, María Reyes, Elena Amat, María

Elena Gómez Moreno, Teresa Tormo y señores Ruben Salido, Aurelio Garzón, José Rojas, Miguel Santiago, Dionisio Salas, Tomás Gómez y Ángel Muerza, como a los catedráticos don Elías Tormo y don Manuel Gómez Moreno, que les acompañaban, los despidió don Andrés Ovejero. Y de la estación central, una vez que partió el carreta de Sevilla de las cinco treinta y cinco de la tarde, se trasladó el señor Ovejero al Instituto, donde ya le aguardaba una numerosa y selecta concurrencia.

Hemos sido testigos de la tarea docente desarrollada en Córdoba por el señor Ovejero cerca de sus alumnos y por eso queremos destacar con el máximo realce su disertación de ayer, a la que fué sin preparación alguna, con la fatiga de un viaje y de cuarenta y ocho horas de explicaciones prolijas y áridas. Empero, el señor Ovejero desarrolló una conferencia de dos horas. Valorar el hermoso discurso del catedrático de Teoría del Arte, es afán superior a nuestra competencia; glosarlo ampliamente, con la extensión y la justeza que le son debidas, nos lo vedan la limitación de espacio.

Por todo lo cual, daremos, muy apesar nuestro, una muy breve referencia de la conferencia pronunciada ayer por don Andrés Ovejero.

### **Palomino, el Vasari español**

En la sala de Dibujo del Instituto provincial, repleta de público, tuvo lugar la conferencia.

Presidió el gobernador civil señor Cabello Lapiedra y con éste tomaron asiento junto al señor Ovejero los señores Enríquez Barrios, Romero de Torres (E.) y Grandía.

El presidente de la Real Academia don Manuel Enríquez Barrios, con su elocuencia proverbial, hace la presentación del conferenciante. Alude a los relevantes méritos del mismo y le significa la gratitud de la docta corporación que preside y de Córdoba también, por haber accedido a ofrecernos un caudal de bellezas y enseñanzas en torno de una figura cordobesa.

Acto seguido, el señor Ovejero comienza su disertación acerca de «Palomino, el Vasari español».

Las primeras palabras del conferenciante son para explicar su estancia en Córdoba y en Andalucía. Las vacaciones académicas las ha empleado, como sus compañeros Tormo y Gómez Moreno, en venir a esta tierra con un plantel de discípulos a mostrarles las huellas históricas y los tesoros artísticos. Sus compañeros Gómez Moreno y Tormo le han permitido, al acompañar a sus alumnos a Sevilla, prolongar sus vacaciones, que no lo

son realmente, y quedarse unas horas en Córdoba para fijar su adhesión a esta generosa tierra, esclarecida patria de tan gloriosos hombres.

Dice que los versados en los estudios del arte, saben cuán difícil resulta encerrar en la síntesis acelerada de una hora de indulgente atención, aquellos que nos lleven a plantar y conocer la figura de Palomino. Es este un caso concreto de pintor, de escritor, de tratadista de arte. Es una personalidad que viene a significar, en la cultura, en la estética, en el arte y en la erudición del mundo, un alto nombre representativo. En Palomino la fama ha oscurecido su nombre, ha dejado en sombra una gran parte de su mérito. Deliberadamente quizás Palomino dejó comprometida su fama por haber simultaneado su labor pictórica con la de investigación, con la de rebusca; su avidez de conocimientos, su genio en lanzarlos, ahuyentaba su celebridad de artista, era como si la sacrificase a la grandeza del patrimonio artístico español.

Antes que la crítica hubiese aquilatado sus méritos él mismo se apartó.

El Vasari, biógrafo de artistas italianos, historiógrafo del Renacimiento en Italia, conviviendo con Giotto y Miguel Angel, en contacto luminoso con pintores y escultores, henchido de vida triunfal se acomoda al ritmo de su tiempo.

El Vasari español, Palomino, tan a distancia de la plenitud radiante, asiste a la puesta del sol en su patria, y con esa virtud tan genuinamente cordobesa de esperar, de no desfallecer, busca recio y genial en las oscuridades del pasado auroras mañaneras, y enciende en lo alto de la cultura patria el luminar del arte.

Ese valor lo llamaría valor patriótico. Así como el hijo lleva sus amores y ternuras a los padres más allá de la edad en que el padre es vigoroso y la madre es hermosa, y apuntala con fervores amantes las vidas mustias de sus progenitores en vejez, de la misma manera Palomino que vió en la sensibilidad nacional las arrugas de la decadencia, fervorosamente no la negó, la amó hondamente y quiso prepararla para un porvenir más glorioso todavía.

Y ese valor, sin lisonja, es genuinamente cordobés, como demostrativamente se afirmará luego.

El señor Ovejero se refiere a lo que él llama geografía artística de España y grandilocuentemente habla del arte y la literatura regionales para concluir afirmando que el día en que el haz de regiones del mapa vuelquen sus rayos espirituales a un continente entero, habremos recuperado veinte repúblicas del otro mundo, que no son sino desdoblamientos de las nuestras cual Córdoba, que resucita en la Argentina y que plantada en un nuevo horizonte hace más grande el poderío español.

Entra resueltamente en la persona y en la obra de Palomino, ese excel-

so hijo de Bujalance que muere en 1726. Quiso conocer su obra. La buscó en Iglesias madrileñas y halló páginas interesantes. En el Ayuntamiento de Madrid vió también una página de Palomino. Con Goya constituye el ornato esencial de la Villa y Corte. Palomino, entonces, le interesó vivamente. Y le buscó. En El Paular, donde todavía vibran con emoción los versos de Jovellanos, halló sorprendido algo de Palomino que excedía en valor al que le atribuyera la crítica, algo que llamó el conferenciante su testamento artístico. Perseveró en el estudio y fué a diversas ciudades. Valencia, Salamanca, Córdoba, Granada, para fijar una más exacta valoración.

Dice que Palomino es un artista del siglo XVIII, porque su producción, enteramente, pertenece a este período.

Palomino aparece en Madrid, donde no hay de él la menor noticia. Son los últimos momentos de la escuela madrileña, detallista, minuciosa, sabia, fuerte, de Claudio Coello, y hace furor la manera barroca, desenfrenada, fantástica del napolitano Lucas Jordán. Entre aquella modalidad veraz y realista y esotra del pintor italiano que tomando las nubes como elementos constructivos crea imágenes de ilusión, se quiere abrir paso Palomino que llega. Entre Claudio Coello y Jordán, el hondo realismo y la ilusoria escenografía, llega Palomino de Córdoba como síntesis de vuestras civilizaciones, extraído del fondo inexhausto de vuestra cultura. Y se da en Palomino la tradición que culmina en Juan Alfaro y Céspedes, es decir, se dan en maravilloso maridaje la cultura literaria y la inspiración artística. Dos testimonios se dan en Palomino. Escribe una memoria de Velázquez, elementos preciosos de su primera biografía, y nos lega el retrato de Calderón de la Barca.

Habla del hechizo de Córdoba, bajo cuyas vestiduras orientales se esconden latentes los hechizos romanos. Ensalza a Céspedes, a Góngora, milagro de la lírica española, genios de Córdoba, floraciones espléndidas de su cultura como Palomino. Torna a la obra de este ilustre hijo de Bujalance. Transporta al auditorio, que se ha dejado cautivar por la palabra verdaderamente milagrosa del señor Ovejero, al convento de San Juan del Mercado, de Valencia.

La descripción maravillosa que hace el conferenciante del Mercado valenciano y del Convento que atesora producciones de Palomino suscitar una gran ovación.

Habla de las relaciones del gótico, el barroco y el clasicismo greco romano, fijadas con sorprendente precisión por la crítica alemana. Todo lo aportado por las antiparras alemanas lo habían descubierto antes los españoles incorporando al gótico el barroco con su floración exuberante.

Habla del convento de los Santos Juanes de Valencia, de las doce estatuas que representan allí las doce tribus de Israel y de la adaptación decorativa que Palomino realizó con vista de estas esculturas en su pintura de los doce apóstoles. Aquella unidad estética, en la sola e inmensa nave toda llena de pinturas de Palomino nos hace recordar, es tan magna la decoración, la capilla sixtina del Vaticano.

Se sitúa el conferenciante en Salamanca. Palomino decora parte de la Iglesia de San Esteban. Este es santo lugar de la Historia Nacional. Evoca a Deza y a Domingo Soto. Con gran elocuencia y galanura habla de ambos y de las piedras sagradas de Salamanca. Se refiere a Palomino de nuevo, a su cuadro representando las Iglesias militante y triunfante. Una cuádriga va a romper el medio punto de la bóveda. En este momento recuerda los caballos que decoran los Frisos del Parthenon, nacidos de la mano de Fidias y dice que el arte griego tiene equivalentes españoles. El mismo Sorolla, envolviendo a la mujer en túnicas diáfanas que transparentan la gracia de su cuerpo que corre por un niño que se hunde en las olas, es equivalente a la Victoria de Samotracia con su ritmo de líneas.

Estudia la modalidad pictórica de Palomino. Juzga su obra aisladamente y en conjunto. Dice que es un pintor decorador, que corresponde a la época de decadencia en que vive. Examina todas las escuelas de la pintura española y consecuentemente explica cómo se engendró el valor decorativo de la pintura de Palomino. Examina el elemento constructivo, singular y fundamentalísimo de toda su obra: la nube y la luz.

Establece un paralelo entre la oratoria y la pintura. Buscando la característica especial de cada arte y de cada artista presenta a los pintores holandeses y nos habla de las dos mitades en que se divide nuestro siglo de oro. Carlos V y Felipe II. Como dos hemisferios apostilla la época de cada uno con palabras llenas de bella majestad.

Se refiere a la literatura y al arte de aquella época. Historias de indias, novelas de aventuras y la mística.

Refiriéndose a Palomino tratadista dice que, justo es reconocerlo, lo conoció Menéndez Pelayo muy escasamente. Pero fué Palomino fuente abundante de investigadores y críticos.

Palomino ha dicho que la pintura es todo matemáticas. Esto es exactitud, medida, compás, lo extricto. Habla del pueblo español y lo que le conviene aprender de ese concepto. Y extendiéndose aún más el ilustre don Andrés Ovejero en una elocuencia y una extensión en que por muchos apremios en contrario no podemos seguirle acaba su disertación el ilustre catedrático con estas palabras de Palomino: ¡Córdoba, cuna de los más felices ingenios del Orbe!

Felices ingenios, porque son briosos y conginatores con el pincel, con la pluma o con la acción. Huid de los ingenios lúgubres y desgraciados. Córdoba, cuna de los más felices ingenios del Orbe.

Una unánime y prolongada salva de aplausos ahogó las últimas palabras del señor Ovejero.

*(Diario de Córdoba 22 Diciembre 1926).*

